

que llega á practicar la impiedad humana, cuyas execrandas crueldades nos hacen conocer el influxo casi increíble que la educacion viciosa tiene para ofuscar la razon natural en los hombres, y hacer que ellos con la luz de la razon obren lo que repugna á toda naturaleza. Estos hombres, despojados de toda humanidad, no pierden la razon natural; mas la luz de esta se eclipsa tanto en ellos, que quedan en mayores tinieblas que las bestias.

CAPÍTULO IV.

Edad decrepita.

Acertadamente distinguen algunos autores (1) la vejez en tres clases ó edades, que llaman edad verde por la experiencia y prudencia, edad achacosa, y edad decrepita. La primera edad de la vejez se establece bien con los persas á los cinquenta años; en los que la prudencia humana suele ser consumada. Los Jesuitas (2) cuentan la vejez desde sesenta hasta ochenta años, despues de los quales entra la edad decrepita. La complexión natural, en cada hombre es tan variable, que algunos de cinquenta años aparecen y son co-

(1) Lorenzo Beyerlinck citado: Joannis de Pineda, *Soc. J. in Ecclesiastem commentariorum liber*. Par. 1620, fol. in cap. 12, p. 844, &c.

(2) Theologia moralis: Auct. Claudio La Croix, *Soc. J. Venet.* 1722, fol. vol. 2. En el vol. 1, lib. 3, p. 1, n. 1026. Trata de la edad de la vejez Tomas Sanchez, Jesuita, en su obra *Disputationes de S. Matrimonio*, Amst. 1614, fol. vol. 3. En el vol. 2, lib. 7, disp. 32, n. 15, 16, p. 122.

como viejos decrepitos; y otros de setenta años gozan la sanidad de cuerpo y mente, que suele ser propia de la virilidad; por lo que en órden físico no se puede señalar el tiempo en que empieza la edad decrepita; como tampoco se puede determinar la duracion de la vida humana.

La edad decrepita, de que el Ecclesiastés (1) hace elegante y alegórica descripcion, por gracia se podrá llamar parte de la vida humana: "En ella, como dice Plinio (2), se entorpecen los miembros y sentidos: mueren anticipadamente la vista, el oido, el movimiento y los dientes, instrumentos de lo que se come: no obstante este tiempo se cuenta entre el de la vida." Cantó bien Cornelio Galo (3), diciendo:

Jam minor auditus, gustus minor, ipsa minora

Lumina: vix tactu noscere certa queat.

Nullus dulcis odor, nulla est jam grata voluptas:

Sensibus expertem quis superesse putet?

La edad decrepita es parte de vida que es mas animal que humana; ó es vida que hace visible la muerte. Galeno (4) dice, que el camino para esta, que estaba oculto, se hace patente al declinar el hombre con la vejez. El hombre vigoroso en la juventud y virilidad, viendo morir á otros que habia conocido sanos

(1) Véase Pineda citado, p. 844, *interpretatio* 6.

(2) C. Plinii, *histor. nat. libri cum not. Joan. Harduini*, *Soc. J.* Par. 1723, fol. vol. 2, en el lib. 7, §. 51, cap. 50, p. 46 del vol. 1.

(3) Cornelio Galo en la edicion citada, verso 129.

(4) Epitome Galeni operum: Auct. Andr. Lacuña, *Lugd.* 1643, fol. *Dè marasmo liber*, p. 390.

y robustos, no acierta á persuadirse que ha de morir; porque no siente en sí, ni ve la mortalidad. Esta se halla siempre en el cuerpo humano desde su concepcion: se interna y penetra con sus carnes y huesos; y la vejez la hace salir fuera, y como negra sombra de la muerte, extenderse por toda la superficie de su cuerpo.

El hombre en la vejez, mientras esta le permite hacer figura en la sociedad civil, es el mejor mueble de ella; porque con su estudio y experiencia, es libro vivo que enseña. Entónces es mas de la sociedad que de sí mismo; y es mas del espíritu que del cuerpo; porque debilitado el vicioso vigor de este, su alma se abandona mas desembarazadamente al estudio práctico de la virtud. Pero porque el espíritu en su obrar depende del cuerpo, luego que en este, con la edad avanzada, el mecanismo padece alteracion notable, el viejo, que dexó de poder servir con su valor, no puede ya servir con el consejo. En este estado el viejo suele dar pruebas solamente momentáneas de lo que fué; y hace conocer que la inconstancia de sus conocimientos y discursos depende no de la debilidad de su espíritu, sino de la perturbacion de las ideas materiales en su fantasía, y de la insensibilidad de esta, y de sus órganos y sentidos á la nueva impresion de los objetos. En la edad decrepita el hombre vuelve á entrar en la corta esfera en que la naturaleza le puso en su niñez; por lo que, como los niños, se suele deleytar de cosas superficiales, y de apariencias momentáneas. Su espíritu en la niñez animaba un cuerpo en que el defecto de solidez impedia la permanente configuracion á la impresion de los objetos, como la blandura del agua no hace estables la figura ó rastro del baston que la mueve. En la vejez, por lo contrario, el alma anima un cuerpo seco, en-

durecido, y casi osificado; por lo que cesa el mecánico movimiento de algunos órganos corporales; y todos resisten á la impresion de los objetos, haciéndose esta insensible, ó de duracion momentánea. He aquí diversas causas con efectos análogos en las diferentes edades de la niñez y vejez decrepita del hombre.

La vista del viejo impedido, ó decrepito, es humillante y temible para la humanidad. Se humilla esta por el abatimiento infeliz en que se ve á la naturaleza humana; y teme ó tiembla porque se ve práctica y sensiblemente como en todo hombre debe apagarse necesariamente la luz de la vida mortal. No hay hombre que se halle contento con la vejez, aunque no sea decrepita; porque, entrando en la vejez, sabe no seguirse despues de ella otra edad, sino la muerte; y que quanto mas dure la vejez, tantos mayores trabajos le prepara la naturaleza, la qual no le librá de ellos sino robándole la vida. Con todo eso, no hay niño, jóven, ni hombre hecho que no deseen ver la vejez, y vivir mucho tiempo en ella: "Semejantes son, decia Teodectes (1), la vejez y el matrimonio: todos los hombres desean estas dos cosas; y despues que las logran se entristecen." La vejez achacosa es estado verdaderamente miserable; pero el viejo la sufre con resignacion, porque sabe que la vejez no puede faltar sin venir la muerte, último y tremendo mal. Al que amenaza pena capital, qualquiera otro castigo inferior le parece ser un especial beneficio.

(1) *Loci communes sacri, et profani gr. ac lat. per Joan Stobæum, &c.* Francof. 1581, fol. serm. 187, n. 10, p. 641.

El hombre pues en la edad decrepita, da las últimas llamaradas de su vida: "Esta, decia Antifanes (1), es como el vino que se aceda quando es poco." La vida humana tiene sus grados, y en la vejez decrepita llega al último, en que la naturaleza no le da fuerza sino meramente para vivir. En esta ocasion la vida depende mas de los oficios agenos de humanidad, que de la industria propia. La razon y el agradecimiento piden asistencia y socorros debidos por su justicia en premio de los servicios hechos por el viejo á la sociedad civil. Pide ayuda el hombre que nace, y la razon y equidad se la conceden por la esperanza de su utilidad incierta: el viejo que la ha dado, pide el socorro por derecho de agradecimiento y justicia. Las naciones civilizadas que mantienen siempre viva la lumbrera de la razon, penetradas de humanidad y agradecimiento, compiten en honrar y asistir caritativamente á los viejos. Sus preceptos y máximas de respetar y venerar la vejez, no reconocen límites sino en la muerte. La duracion de la vida de los viejos les parece siempre corta para darles pruebas de su respeto y agradecimiento: su muerte siempre se recibe como temprana con horror y llanto; y despues de ella se esconden respetosamente en depósito sagrado las reliquias de su mortalidad, y al espíritu inmortal se ayuda con obras de piedad.

He propuesto brevemente la edad decrepita del hombre, en la que no sabré determinar si este es digno de compasion. Si atendemos á lo que promete el mundo, ¿qué puede desear ver y gozar el hombre despues del desengaño práctico de toda su vida? Si desea ver lo que ha visto, quiere renovar los moti-

(1) Stobeo en la edicion citada, serm. 268, p. 866.

vos de su afliccion y desengaño. Si no se contenta con lo que ha visto, no dude que se expone á ver cosas peores. Por esto el viejo anticipadamente á su edad decrepita, no debe temer esta como gran mal, digno de su afliccion, y de la compasion de los que la miran. Si atendemos á los motivos de religion, y á la vida del espíritu, la piedad y la razon religiosa hacen desear un perfecto conocimiento en el hombre que se avecina á la muerte, por ser muy estimables los últimos años, y aun momentos de su vida, para clamar á Dios, y disponerse para la eternidad, á que va á entrar. Mas para consuelo de los que temen llegar á la edad decrepita, deberé decir, que si el hombre se ha prevenido con una buena vida para la hora de la muerte, no es desgraciado por llegar á la edad decrepita; porque el haber entrado en esta no es otra cosa sino haberle vendado los ojos de su alma la naturaleza piadosa, para que no vea el extremo miserable de su vida mortal; ni tema su presencia, que aparece horrible á todos los que con vista clara la ven. El viejo decrepito sale de este mundo á poca diferencia de como está él á lo último de su vida, y de como entró en él. Cantó bien Cornelio Galo (1), diciendo:

*Ortus cuncta suos reperunt, matremque requirunt:
Et redit ad nihilum, quod fuit ante nihil.*

En la naturaleza corresponden maravillosamente los fines á los principios: nos echa de esta region mortal, como nos recibió en ella: y si es felicidad del hombre infante, que nace, el carecer de todo

(1) Cornelio Galo en la edicion citada, verso 231.

conocimiento para no afligirse con él de su vida mortal, y del miserable mundo en que ha de vivir; felicidad es tambien del hombre que en la edad decrepita está para morir, el carecer de conocimiento para no afligirse con las miserias de una vida que acaba, y de una muerte que se la roba. ¡Sabia providencia de nuestro Dios, que niega á nuestro espíritu el conocimiento perfecto de los dos extremos de nuestra vida, para que no le asuste la entrada en ella, ni le horrorice la salida!

CAPÍTULO V.

El hombre en la enfermedad.

No es necesario que preceda la enfermedad para que venga la muerte: faltó al hombre la vida porque su naturaleza es mortal. Segun esto la enfermedad natural del hombre es aquel estado en que, como se insinua ántes, la naturaleza humana, por ser mortal, se destruye á sí misma con su obrar uniforme. Mas porque en la mayor parte de los hombres suele acaecer algun desconcierto de humores, que no procediendo inmediatamente del obrar uniforme de la naturaleza, sino de causas accidentales, les quita la vida ántes del tiempo que prescribe su mortalidad, ó les pone en peligro de muerte, ó les acarrea frecuentes y trabajosas enfermedades, me ha parecido cosa conveniente, despues de la vejez á que sigue la muerte, considerar al hombre en la enfermedad, para suministrarle algunos avisos y consejos saludables de conformidad y paciencia á su ánimo, entónces afligido con la indisposicion corporal que padece, con el retiro en que vive, y con el horror á la muerte que teme.

En

En toda enfermedad, decia Séneca (1), afligen al hombre tres cosas, que son, el dolor del cuerpo, la interrupcion de los placeres, y el temor de la muerte; así se puede decir con verdad, que la enfermedad se hace pesada por el bien de que priva, por el mal que hace padecer, y por el mayor mal de la muerte que hace temer. Yo no dudo que todos estos motivos de afliccion combaten el espíritu del enfermo; mas este no dexa de tener otros muchos con que resistir vigorosamente á tal combate, exercitando las virtudes de un ánimo racional, heroyco y christiano. Para proponer esto con claridad, empiezo á tratar con distincion de los motivos insinuados que afligen el corazon del enfermo.

Todo dolor corporal atormenta al que le padece, y suele abatir su espíritu; por esto se dice que no hay dolor pequeño; porque qualquiera especie de dolor causa disturbio en el ánimo y cuerpo. Y si todo dolor se hace sensible al que le padece, ¿quánto lo será el dolor agudo de aquellas enfermedades en que el paciente parece no poder atender á otra cosa, sino á considerar su tormento? Es inegable que todo dolor, por pequeño que sea, si es continuo, se hace pesado, y si es agudo, se suele mirar como intolerable; mas si bien consideramos esto, el aparecer pesado todo ligero dolor que sea continuo, y representarse intolerable todo dolor agudo, provienen en gran parte de la aprension. El dolor tolerable se hace muy pesado, si dura; ¿mas quién no ve que el cuerpo siente solamente lo presente, y no lo pasado ni futuro? Si el dolor es tolerable en sí, el ánimo le debe considerar como ligero y momentáneo; por-

(1) Epist. 77.